

Todas las vidas de Obregón

Alejandro Obregón.
Delirio de luz y sombra

GUSTAVO TATIS GUERRA
Crítica, Bogotá, 2020, 367 pp.

POCOS DÍAS después de que Alejandro Obregón muriera, la periodista Rosario del Castillo (más conocida como “Camándula”) inició el proyecto de entrevistar a los mejores amigos del artista. Quería escribir un libro que narrara hechos desconocidos de la vida del pintor. Llevaba pocos días de trabajo y entrevistadas cuando se reunió con el periodista Hernando Santos, quien le dijo: “Yo le cuento lo que quiera, pero creo que el verdadero libro está en sus mujeres y no en sus amigos”. Camándula le hizo caso y se puso en la tarea de hablar con diez de ellas: la mamá del artista, la hija, tres esposas, una nuera, una amiga, una amante, una galerista y hasta el ama de llaves. Con esos testimonios construyó el libro *Las mujeres de Obregón*, que llegó a librerías en 1993, un año después de que el artista muriera, y que está en mora de ser reeditado porque ya es casi imposible conseguirlo.

La lectura de *Alejandro Obregón. Delirio de luz y sombra*, de Gustavo Tatis Guerra, me recordó el libro de Camándula por dos motivos. Primero, porque me volvió a decir que a Obregón es casi imposible interpretarlo, “leerlo”, entenderlo, sin tener en cuenta a sus mujeres, y segundo, porque me hizo pensar que tal vez Hernando Santos no estaba del todo en lo correcto: hacía falta un libro en el que “todo el mundo” hablara de Obregón. Digámoslo en otras palabras: si Camándula escribió una belleza de libro, lo que Tatis Guerra hizo, en términos de investigación y contenido, va más allá. El escritor y periodista costeño se metió en una aventura inmensa, ya no contar a Obregón desde las voces femeninas que lo conocieron, sino desde todos los ángulos: el de ellas, el de ellos, el de la prensa, los libros y la crítica, y hasta desde los recuerdos propios: varias veces Tatis entrevistó a Obregón, habló con él como amigo y se tomaron unos tragos. Además, parecería que no quiso dejar detalle sin contar: tras terminar el libro, el lector siente que

en esas páginas está “todo” Obregón. Y quizás ese, que es el gran atributo del libro, sea también su defecto.

Formalmente, *Alejandro Obregón. Delirio de luz y sombra* no es un artefacto tan hermoso y efectivo como sí lo puede ser *Las mujeres de Obregón*. ¿Por qué? El primer argumento es quizás porque a Tatis le faltó editarse: parece que, en un acto de juicio, o como una forma de demostrar el tamaño de su investigación, incluyó todo lo que iba averiguando, sin calcular que aquello podría hacer pesada la lectura del libro. Por ejemplo, de cada personaje que se asoma en las páginas de la obra termina haciendo un perfil innecesario. Cuando llega al momento en que Obregón pinta el mural en el edificio de las Naciones Unidas en 1983, Tatis se centra en trazar una semblanza de María Paulina Espinosa de López, conocida como “Pum Pum”. En estos términos:

Ella fue directora del Instituto de Cultura y Turismo de Bogotá bajo el gobierno de Julio César Turbay y la alcaldía de Hernando Durán Dussán, y durante su vertiginosa y ejemplar gestión remodeló la Media Torta y propició espectáculos culturales gratuitos para treinta mil personas, cumpliendo el Decreto 974 de Virgilio Barco, por el cual todos los artistas extranjeros debían presentarse gratuitamente en ese escenario [...]. Fue ella quien le propuso a la artista Olga de Amaral hacer el telón del Teatro Jorge Eliécer Gaitán, diseñar la silletería y gestionar equipos de sonido con la Embajada de Japón [...]. Toda esa intensa y deslumbrante misión como gestora y funcionaria de la cultura le merecieron la Cruz de Boyacá. Y luego, un cargo diplomático como primer secretario de Colombia ante la ONU. (p. 274)

El segundo punto que golpea al libro tiene que ver con el lenguaje. No hay un tono —una voz— permanente, sino que puede ir variando de página a página. Al inicio, el lenguaje es muy estético, y es común el uso de frases cortas que parecen conformar poemas. Así:

El reloj siguió girando al empezar la guerra.

El reloj siguió girando cuando la abuela Isabel dijo que se sentía triste.

El reloj siguió girando cuando llegó la Guardia Civil Española.
El reloj siguió girando cuando persiguieron a los gitanos.
El reloj siguió girando cuando llegó Hitler.
El reloj siguió girando cuando la madre dijo: “Te vas para Barranquilla”. Allá lo esperaba el padre detrás de los telares. (p. 42)

Pero de pronto el lenguaje se torna perezoso durante páginas y páginas, hasta que en el apartado menos pensado vuelve la estética, ya sea con el uso de recursos poéticos o de técnicas narrativas propias del periodismo o, creo, con la fascinación de Tatis por contar algunas anécdotas que son maravillosas. Entonces, en esos párrafos, parece disfrutar de todos los elementos que domina, y el libro toma ritmo; pero de pronto se pasa la página y todo vuelve a caer.

¿Qué habría sido de *Alejandro Obregón. Delirio de luz y sombra* si Tatis hubiera apostado por algún tipo de biografía coral, al estilo de las que George Plimpton escribió sobre Truman Capote y Edie Sedgwick, la modelo de Andy Warhol? En las últimas páginas, el autor de Sahagún da cuenta de todas las personas que entrevistó, y fueron muchísimas. ¿No habría sido interesante ir intercalando sus testimonios, entrecomillados, hasta construir un inmenso retrato de Obregón hecho a punta de declaraciones transcritas, y libre de un narrador expuesto? No pude dejar de pensar en eso mientras avanzaba en la lectura del libro. Porque, más allá de sus vaivenes formales, el material del que está hecho es increíble.

Alejandro Obregón. Delirio de luz y sombra inicia contando la historia de los orígenes del artista, quiénes eran sus padres, sus abuelos y bisabuelos; cómo fue su niñez en Barcelona, su primer viaje a Barranquilla (y el descubrimiento de los caimanes), el regreso a España, la vida de estudiante en Boston y el trasteo, definitivo y romántico, a Barranquilla. En estas páginas, Tatis también da información detallada sobre el imperio textilero de la familia. Se le nota el gusto, el placer de narrar esta parte de la vida del artista. Y le preocupa demostrar que no está haciendo ficción. Es común que en estas páginas añada frases como:

BIOGRAFÍA		RESEÑAS
<p>“así se lo contó a...”, “así lo recuerda fulano”, “se lo contó a zutano y después me lo contó a mí”, “hay una foto que ilustra este momento”. (Por cierto: lamentablemente, el libro no incluye imágenes. Tatis intenta solucionar la ausencia describiendo las pinturas que Obregón va haciendo y que son clave en la biografía, y lo hace bastante bien: las cuenta en detalle y las relaciona con el contexto, las influencias, las etapas y demás; pero no es lo mismo que a uno le cuenten un cuadro que verlo. Uno se pregunta: ¿por qué otros títulos de esta colección sí contaron con imágenes en sus páginas y este no?)</p> <p>Mientras Obregón se decide—de una forma desbordada y obsesiva, como tiene que ser—por la pintura, empiezan a aparecer los grandes amigos (Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio, Alfonso Fuenmayor, Germán Vargas, Orlando “Figurita” Rivera y Cecilia Porras, entre ellos), así como el amor. Tatis bebe mucho de <i>Las mujeres de Obregón</i>, y no tiene problema en aceptarlo. Al fin y al cabo, más que citar páginas del libro de Camándula, lo que hizo fue volver a entrevistar a la mayoría de esas mujeres y a quienes las conocieron y rodearon. El primer gran amor de Obregón fue Ilva Rasch, la hija de Miguel Rasch Isla, el autor del más bello poema erótico que se ha escrito en Colombia. Después vendrían la bailarina y coreógrafa Sonia Osorio, la artista Freda Sargent, la gestora cultural Josefina del Valle, la azafata Mara del Carmen Martínez, la musa Yadira Abello, y Orietta Puccini, quien debería escribir un libro contando su propia vida.</p> <p>Al tiempo que van apareciendo nuevas relaciones—que son más de las que acabo de citar—, la carrera de Obregón crece. Entonces surgen nombres como José Gómez Sicre, poderoso jefe de la Sección de Artes Visuales de la Unión Panamericana, y el de la crítica Marta Traba, que fueron fundamentales en su posicionamiento entre los grandes nuevos artistas latinoamericanos de la mitad del siglo xx. El ritmo estético del libro varía y, cuando toma buena altura, aparecen narraciones, descripciones y citas de gran belleza. “Viéndolo bien—dijo Obregón—, yo no pinto cosas, pinto emociones” (p. 307). Entre los párrafos inolvidables están los que cuentan la pasión de Cecilia Porras</p>	<p>por disfrazarse. Cómo Obregón una noche terminó comiéndose un grillo. Su vida en esa casa en Alba-la-Romaine, al sur de Francia. Cómo conoció a Sonia Osorio. Su faceta desconocida: la de publicista. Y su plan de casarse con Josefina del Valle en la iglesia de la Popa, en Cartagena:</p> <p>“¿Hacia dónde me llevas?”, le preguntó Josefina. Obregón, concentrado en el arte de manejar, le respondió: “Al altar”. Cuando llegaron a la entrada del convento, Obregón preguntó: “¿Por qué está cerrada la iglesia?”. Lo dijo al ver unos enormes candados. Por los intersticios de la puerta alcanzó a ver las escalinatas hacia la puerta de la iglesia [...]. “Es de madrugada”, dijo Josefina. (p. 235)</p> <p>Los años pasan. Obregón es ya una leyenda, alguien a quien le piden autógrafos en las calles de la zona amurallada de Cartagena, donde vive y trabaja, en una antigua casona de muros azules y blancos. Entonces, el ojo izquierdo comienza a fallarle; sin embargo, sigue pintando. Tiempo después, los médicos descubren que tiene un tumor en el cerebro y una afección de la mácula en el ojo.</p> <p>Se le dificultaba hablar—escribe Tatis—. Decía <i>Eta</i> para nombrar a Orietta. Se enfurecía porque no le salían las palabras. Ya veía de un solo lado, con mucha dificultad. La nube suspendida que tantas veces pintó ahora no lo dejaba ver. (p. 341)</p> <p>Obregón murió el 11 de abril de 1992. El libro cierra con un epílogo en que el autor entra al estudio en ruinas del artista y recuerda un mural de flores carnívoras que García Márquez hizo trasladar a la casa que le encargó a Salmona, en la ciudad vieja.</p> <p><i>Alejandro Obregón. Delirio de luz y sombra</i> está lleno de un material maravilloso. Faltó acaso un editor que eliminara párrafos y páginas, y que le ayudara a Tatis a encontrar unidad rítmica y estética, para que el resultado de su labor investigativa se luciera completamente e hiciera de la lectura del libro una actividad absolutamente placentera. Había de dónde.</p> <p style="text-align: right;">Andrés Arias</p>	